



Marco, traje y adorno

José Ortega y Gasset¹

Viven los cuadros alojados en los marcos. Esa asociación de marco y cuadro no es accidental. El uno necesita del otro. Un cuadro sin marco tiene el aire de un hombre expoliado y desnudo. Su contenido parece derramarse por los cuatro lados del lienzo y deshacerse en la atmósfera. Viceversa, el marco postula constantemente un cuadro para su interior, hasta el punto de que, cuando le falta, tiende a convertir en cuadro cuanto se ve a su través.

La relación entre uno y otro es, pues, esencial y no fortuita; tiene el carácter de una exigencia fisiológica, como el sistema nervioso exige el sanguíneo, y viceversa; como el tronco aspira a culminar en una cabeza y la cabeza a asentarse en un tronco.

La convivencia de marco y cuadro no es, sin embargo, pareja a la que primero ocurriría comparársele: la del traje y el cuerpo. No es el marco el traje del cuadro, porque el traje tapa el cuerpo, y el marco, por el contrario, ostenta el cuadro. Es cierto que a menudo deja el traje al descubierto una parte del cuerpo; pero esto nos parece siempre una pequeña locura que el vestido comete, una negación de su deber, un pecado. Siempre la cantidad de superficie corporal que el traje descubre guarda relaciones con la que oculta, de suerte que al hacerse aquella mayor que ésta, deja el traje de ser traje y se convierte en adorno. Así, el cinturón del salvaje desnudo tiene carácter ornamental y no indumentario.

Pero tampoco es el marco un adorno. La primera acción artística que el hombre ejecutó fue adornar, y ante todo, adornar su propio cuerpo. En el adorno, arte primigenio, hallamos el germen de todas las demás. Y esa primera obra de arte consistió sencillamente en la unión de dos obras de la naturaleza que la naturaleza no habla unido. Sobre su cabeza puso el hombre una pluma de ave, o sobre su pecho ensartó

¹ José Ortega y Gasset: *El espectador*, tomo III. "Meditación del marco", epígrafe 2. Madrid, editorial Espasa-Calpe, 1996. Colección Austral, número 1407; págs. 113-115. (Recomendamos vivamente la lectura del ensayo completo (páginas 113-118), escrito en abril de 1921: placer estético y dialéctica rigurosa y armónicamente aunados; género éste -el del ensayo- en el que Ortega y Gasset fue un maestro excepcional. Y se podrá disfrutar de una prosa caracterizada por el rigor en el empleo del léxico, el perfecto ajuste de las estructuras sintácticas al ritmo narrativo, la trabada vertebración de las ideas que ayuda a la coherencia interna de los diferentes epígrafes, el lenguaje metafórico de altísimo valor estético y gran eficacia didáctica, etc., etc.).



los dientes de una fiera, o en torno a la muñeca se ciñó un brazalete de piedras vistosas. He ahí el primer balbuceo de ese tan complejo y divino discurso del arte.

¿Qué misterioso instinto indujo al indio a poner sobre su cabeza una lucida pluma de ave? Sin duda, el instinto de llamar la atención, de marcar su diferencia y superioridad sobre los demás. La biología va mostrando cómo es aún más profundo que el instinto de conservación el instinto de superación y predominio.

Aquel indio genial sentía en su pecho una confusa idea de que valía más que los otros, de que era más hombre que los otros; su flecha silbante era en el tupido bosque la más certera e iba rauda a buscar bajo el ala la vida del ave con plumas preciosas. Esta conciencia de superioridad yacía muda en su interior. Al poner sobre su cabeza la pluma, creó el indio la expresión de esa íntima idea que de sí mismo tenía. La pluma sobre él, ¿era tan sólo para que los demás la mirasen? No; la pluma vistosa era más bien un pararrayos con que atraer las miradas de los otros y verterlas luego sobre su persona. La pluma fue un acento, y el acento no se acentúa a sí mismo, sino a la letra bajo él. La pluma acentúa, destaca la cabeza y el cuerpo del indio, va sobre él como un grito de color lanzado a los cuatro vientos.

Todo adorno conserva ese sentido, que se hace patente en el trazo oblicuo e indicativo de la pluma sobre la frente del salvaje: atrae sobre sí la mirada, pero es con ánimo de hincarla sobre lo adornado. Ahora bien: el marco no atrae sobre sí la mirada. La prueba es sencilla. Repase cada cual sus recuerdos de los cuadros que mejor conoce, y advertirá que no se acuerda de los marcos donde viven alojados. No solemos ver un marco más que cuando los vemos sin cuadro en casa del ebanista; esto es, cuando el marco no ejerce su función, cuando es un marco cesante.

Actividades

Fortuito. Que sucede casualmente o sin esperarlo.

Culminar. Llegar al punto más alto.

Parejo. Igual o semejante.

Ostentar. Mostrar o hacer patente una cosa.

Ornamental. Perteneciente o relativo al adorno.

Indumentario. Perteneciente o relativo al vestido.

Primigenio. Primitivo, originario.

Germen. Principio u origen de algo.

Ensartar. Pasar un hilo, cuerda, alambre, etc. por el agujero de varias cosas; como perlas, cuentas, etc.

Balbuceo. Comienzo de algo que aún no está muy definido.



Inducir. Provocar o mover a alguien a realizar una acción.

Tupido. Espeso, que tiene sus elementos muy juntos apretados.

Raudo. Rápido, veloz.

Yacer. Existir o estar real o figuradamente una persona o cosa en algún lugar.

Patente. Visible; claro, perceptible.

Cesante. Que deja de desempeñar una función.

1. Explica mediante sinónimos el significado de los siguientes términos aparecidos en el texto:

Expoliado:

Fisiológica:

Predominio:

Yacía:

Hincarla:

Ebanista:

Ejerce:

2. Indica cuál es la tesis principal del texto y las partes en que se encuentra dividida. ¿Cómo se desarrolla el texto que acabas de leer?

3. ¿Qué párrafo dedica Ortega a establecer una comparación entre el marco con respecto al cuadro y el traje con respecto al cuerpo? Justifica tu respuesta